

Mas apenas el hijo de Peleo vió el torrente venir, saltó de un brinco todo el espacio que alcanzarse puede con un tiro de lanza, y tan ligero corria luégo por la gran llanura como el águila negra por el aire rápida vuela cuando va siguiendo á la banda de tiernos pajarillos, porque es la más valiente de las aves, y la más voladora. Así corria Aquiles, y sus armas sobre el pecho en ronco son temblaban; y del rio que le seguía, en hórrido tumulto levantando sus aguas espumosas, siempre iba huyendo en giro tortuoso. Cual suele el hortelano del oscuro pozo sacar el agua, y conducirla por estrechos canales á que riegue las plantas y legumbres de la huerta, y el escardillo en mano, los estorbos quita de las regueras, y corriendo por el declive en plácido murmullo el agua lleva en pos las piedrecillas que encuentra al paso, y siempre va delante del que la guía; así, detrás de Aquiles corriendo el rio, le alcanzaba siempre, por más que fuese en el correr ligero; que siempre las Deidades poderosas más que los hombres son. Y cuantas veces queria el héroe á la corriente fiera esperar, para ver si las Deidades ya olvidado le habian, otras tantas las grandes olas del potente rio los hombres le azotaban. No pudiendo ya resistir, en saltos poderosos corrió hácia la ribera; mas del rio la tortuosa rápida corriente sus piernas de continuo enflaquecia, y bajo de sus piés la firme arena en que á sentarlos iba le robaba. Cansado al fin el valeroso Aquiles de luchar con el rio, suspirando volvió la vista al anchuroso cielo, y así al supremo Júpiter decia:

«¡Padre Jove! ¡Y ninguno entre los Dioses á este infeliz libertará del rio!
»Salga yo de él, y más que luégo muera.
»Pero ninguno de los Dioses todos,
»ni de las Diosas, tan culpable ha sido
»como mi madre, que halagar queriendo

»mi vanidad con falsas predicciones,
»me decia que al pié de las murallas
»moriria de Troya, aguda flecha
»arrojándome Apolo. Más valdria
»que á manos de Héctor perecido hubiese,
»el más fuerte de todos los Troyanos;
»que entónces un guerrero valeroso
»á otro tambien valiente de la vida
»y de las armas despojado hubiera.
»Mas hoy de oscura muerte mi destino
»dispuso que perezca, por las aguas
»de un gran rio cercado; cual si fuese
»tierno zagal que atravesar queriendo
»el torrente espumoso, con las aguas
»del invierno acrecido, en ellas muere.»

Así el héroe decia; y cuidadosos, de mortales tomando la figura, Neptuno y Pálas, y á su lado puestos, le asieron de la mano, y al oido hablándole, en su pecho confianza y valor infundieron. Y Neptuno el primero le dijo: «¡No ya temas ni te acobardes, valeroso Aquiles!
»Sabe que á tu socorro hemos venido,
»aprobándolo Jove, yo y Minerva.
»No es tu destino en la corriente brava
»de este rio morir; de perseguirte
»ya cesará. Mas el consejo escucha
»que te damos los dos. En la pelea
»no tu brazo descansa, hasta que dentro
»los altos muros de Ilion encierres
»á todos los Troyanos que salvarse
»hayan logrado en pavorosa fuga.
»Y cuando luégo de la vida hubieres
»á Héctor privado, á las aquivas naves
»tú retrocede; que los dos te damos
»alta gloria alcanzar en este dia.»

Así dijo Neptuno, y con Minerva al terrazo volvió donde esperaban los otros inmortales. Animado Aquiles ya de los eternos Dioses con la promesa, á caminar seguro por el llano empezó que ya cubierto estaba con el agua que del rio derramó la Deidad; y por encima iban flotantes las brillantes armas de los Troyanos que en la lid murieran, y tambien sus cadáveres. Aquiles ligero por el agua iba saltando, ni ya le detenía la corriente;

porque Minerva poderoso brío infundiera en su pecho. El Escamandro furibundo tambien le perseguia; y más y más airado con el Griego, hinchaba su torrente. Y la cabeza alzando, al Simois en horrendas voces, en su auxilio llamaba, y le decia:

«¡Hermano mio! la corriente undosa
»reunamos los dos, y de este fiero
»hijo de Acaya la indomable fuerza
»nuestro poder enfrene. Si tardamos
»pronto su diestra arruinará los muros
»de la ciudad de Priamo, y los Teucros
»no le resistirán en la pelea.
»De ellos te compadece; tu corriente
»de las fuentes aumenta con las aguas;
»engruesa tu arroyos que en el seno
»recibes en tu curso; ingentes olas
»levanta hinchadas, y en estruendo horrible
»piedras arranca y troncos, por si puede
»unida nuestra fuerza ese guerrero
»tan feroz detener, que así orgulloso
»de todos triunfa y á los mismos Dioses
»igualarse pretende en sus hazañas.
»Mas de la muerte espero que este dia
»no le libertarán, ni su gran fuerza,
»ni su hermosura, ni sus ricas armas;
»que en lo más hondo de mi cauce ocultas
»quedarán, sepultadas en el cieno.
»Y á él mismo cubriré con mis arenas
»mucho cascajo derramando en torno,
»y ni sus huesos recoger los Dánaos
»podrán cuando los busquen. Tan enorme
»cantidad yo de guijo, arena y cieno
»sobre él derramaré; y allí el sepulcro
»labrado le será, sin que le sea
»necesaria otra tumba cuando píos
»inhumarle quisieren los Aqueos.»

Así el rio decia; y contra Aquiles arremetió furioso, levantando ingentes y espumosos remolinos; y con la sangre turbio, murmuraba entre tantos cadáveres corriendo. Y levantadas las purpúreas ondas del anchuroso rio y detenidas, ya á derribar al suelo comenzaban al hijo de Peleo; pero Juno, temiendo que el torrente arrebatado del caudaloso rio le arrastrase, espantada gritó, y así al terrible

Vulcano dijo en cariñosas voces:

«¡Sus, hijo mio! la batalla empieza,
»y en el Janto hallarás impetuoso
»digno rival. A combatir camina,
»y muéstrale tu llama abrasadora;
»que yo despues en ráfaga violenta
»haré que desde el mar soplen airados
»el Zéfiro y el Noto, y que propaguen
»el fuego destructor, y éste las armas
»y las cabezas de los Teucros quemem.
»En tanto tú del rio en las orillas
»los árboles abrasa, y en terrible
»fuego arde su corriente; y no blandarte
»dejes con sus razones lisonjeras,
»ni su cólera temas y amenazas,
»ni suspendas tu furia; pero cuando
»oigas que grito en clamorosas voces,
»apaga entonces el ardiente fuego.»

Dijo la Diosa, y arrojó Vulcano inmensa llama que la gran llanura toda encendió primero, y numerosos cadáveres quemó de los Troyanos que á las manos de Aquiles perecieran. Y desecada la llanura toda, volvió del rio el agua cristalina á correr en su cauce. Como suelen los Nordeste de otoño los barbechos prontamente secar que los continuos aguaceros habian inundado, y el labrador se alegra; así la llama, la llanura secando, de los Teucros abrasó los cadáveres, y al rio Vulcano dirigió el impetuoso resplandeciente fuego, y se quemaron los olmos, y los sauces, y los mirtos, y la grama, y el loto, y el cipero, que en abundancia mucha las orillas del caudaloso rio coronaban. Y los peces y anguilas en sus cuevas á este lado y aquel de la corriente saltaban, perseguidas por el soplo sin cesar de Vulcano, y hasta el rio ardió todo, y humilde así decia:

«¡Oh Vulcano! ninguno de los Dioses
»igualarte pudiera, ni yo mismo
»combatiria con tu ardiente llama.
»De perseguirme cesa; arroje Aquiles
»hoy mismo, si te place, á los Troyanos
»de su ciudad. ¿Qué fruto yo sacara
»de seguir combatiendo, y á los hombres

»de proteger ahora?» Así decía ardiendo en fuego el río, y su corriente hervía á borbotones. Como dentro de la caldera el agua en espumosos hervores cuece, por la ardiente llama herida siempre, y la sabrosa carne fácil ablanda de cebado puerco, y de todos los puntos se levantan hinchados borbotones, y debajo arde la árida leña; así espumosa ardía en fuego la corriente inmensa del anchuroso río, ni podía adelante pasar; que allí parada se exhalaba en vapor, á la violencia resistir no pudiendo de Vulcano. Y volviéndose á Juno, en dolorido acento suplicaba y la decía:

«¡Juno! ¿Por qué á mí solo, entre los Dioses que á los Teucros amparan, la corriente tu hijo evapora en ardoroso fuego? ¿Soy acaso á tus ojos más culpable yo que todos los otros? Si lo mandas yo en esta lucha cederé; que cese tu hijo también. Con firme juramento te prometo además que á los Troyanos no ya defenderé, ni aún aquel día en que encendidas las voraces llamas por mano de los hijos de la Grecia arda su gran ciudad.» Apenas Juno esto escuchó, cuando á Vulcano dijo:

«¡No más, Vulcano! Tu furor reprime; no es justo que en favor de los mortales á un Dios, que es inmortal, atormentemos.»

Así dijo; y la llama abrasadora el Dios apagó pronto, y la corriente del río por el cauce acostumbrado volvió á correr. El Janto poderoso así vencido, en la terrible lucha uno y otro cesaron, porque Juno reprimió su furor, aunque irritada.

Pero espantosa lid entre los Dioses, que en dos parcialidades divididos unos á los Troyanos defendían y otros á los Aqueos, desde entónces se comenzó. Llegaron á las manos unos con otros con inmenso ruido, bramó asustada la anchurosa tierra, y en penetrante voz cual si llamase la trompeta marcial á la batalla el vasto cielo resonó. Sentado

en el Olimpo Jove, oyó el estruendo; y alegre el corazón, dulce reía cuando vió que los Dioses á embestirse marchaban todos. Ni por largo tiempo uno de otro estuvieron alejados los combatientes; que el primero Marte acometió á Minerva, la terrible pica blandiendo, que por él lanzada los más gruesos escudos atraviesa; y así decía en iracundas voces: «¿Por qué otra vez cual importuna mosca empeñas á los Dioses en combates, atrevida Deidad? ¿A tanto llega tu orgulloso furor? ¿Has olvidado que otro día también á Diomedes con tu voz animaste á que me hiriera; y la potente lanza del Aquivo empuñando tú misma, en derechura hácia mí la arrojaste, y ancha herida me hizo el agudo hierro? Pues ahora pagarás el agravio que me hiciste.»

Así Marte decía; y la afilada pica arrojando, poderoso golpe dió en la égida espantable, que ni el rayo de Jove rompería. Mas la Diosa dió atrás algunos pasos, y una piedra del suelo alzó con la robusta mano, piedra que los antiguos para lindé pusieran del terreno, puntiaguda, negra y pesada, y en el cuello á Marte hirió con ella. De vigor privado cayó en la arena el Dios, y con su cuerpo siete enteras yugadas ocupaba. Manchó el polvo su hermosa caballera, y en derredor las armas resonaron; y riendo Minerva, y con el triunfo que sobre él alcanzara envanecida, así le dijo en arrogantes voces:

«¡Necio! ¿será posible, ya que intentas conmigo pelear, que ni aún ahora hayas llegado á conocer tú mismo cuánto yo soy más fuerte? Así castiga tu madre Juno la inconstancia tuya; y altamente enojada, nuevos males aún te hará padecer porque á los Griegos abandonaste, y veleidoso ahora proteges á los pérfidos Troyanos.»

Dijo la Diosa, y los brillantes ojos á otro lado volvió. La tierna Vénus, asiendo á Marte de la mano, quiso

levantarle de tierra; y anheloso él frecuentes suspiros exhalaba, y apenas recobrar pudo el sentido. Pero lo advirtió Juno, é iracunda dijo en voces aladas á Minerva:

«¡Oh rabioso dolor! Hija de Jove. ya ves cómo impudente y atravida Vénus sacar al furibundo Marte intenta de la lid, atravesando por medio de las haces presurosa: tú la persigue.» Apenas el mandato oyó la Diosa, en rápida carrera, alegre el corazón, por la llanura siguió el alcance á la afligida Vénus. Y arremetiendo fiera, una puñada la dió en el pecho con la fuerte mano; y sin poder valerse y aturdida cayó Vénus al suelo, y en la arena ella y Marte yacían. Y orgullosa Minerva dijo en arrogantes voces:

«Si las Deidades todas que á los Teucros favorecen yacieran derribadas sobre la arena así cuando á las tropas aquivas acometen, y si fueran tan valientes y osadas como Vénus cuando ha venido á socorrer á Marte y hacerme frente quiso, ya hace días que arruinada Ilión por nuestra mano, hubiéramos la guerra fenecido.»

Al oír á Minerva sonrióse la Diosa Juno: y la Deidad potente que la tierra circunda con sus aguas, así despues al rubicundo Apolo desafiaba á singular pelea:

«¡Febo! ¿Por qué nosotros alejados así estamos ahora? No el combate conviene diferir, cuando los otros han comenzado la batalla. Mengua sería que nosotros al Olimpo volviésemos, de Jove á la morada, sin haber combatido. Tú el primero acomete, pues eres en los años mucho menor que yo; ni decoroso fuera que yo empezase la batalla siendo de más edad, y en experiencia excediéndote mucho. Pero dime, necio! ¿Cómo, tan falto de sentido, la razón te abandona? ¿No te acuerdas ya de los males que nosotros solos entre los Dioses tolerado habemos

en torno de Ilión, cuando, por Jove de la terna mansion de las Deidades arrojados, al duro Láomedonte estuvimos los dos sirviendo un año por soldada mezquina y como dueño él nos mandaba? El anchuroso muro yo edificué de la ciudad en torno, para que siempre inexpugnable fuera; y tú, entre tanto, Febo, apacentabas sus ovejas y bueyes en los valles y los montes del Ida y en las selvas. Y cuando ya las deseadas horas de nuestro ajuste el término trajeron, Láomedonte injusto los salarios íntregos nos negó, y con amenazas nos despidió de su servicio. Fiero á tí te amenazaba que las manos atándote y los piés te vendería por esclavo en las islas más remotas, y aseguraba que con duro bronce á los dos cortaría las orejas; y nosotros su cólera temiendo, pronto volvimos al celeste alcázar airado el corazón, y muy ceñudos porque el Rey el salario prometido, no nos pagara. ¿Y á su gente ahora tú favoreces? ¿Y asociar rehusas al nuestro tu poder, para que mueran en comun exterminio doloroso los pérfidos Troyanos, y sus hijos, y sus caras esposas?» A Neptuno dijo cortés el Flechador Apolo.

«Con corazón, oh Neptuno, tú dirías que cabal yo mi juicio no conservo, si en batalla contigo entrase ahora por causa de los míseros mortales, que á las hojas de un árbol parecidos, ora florecen en verdor lozano y de los frutos de la tierra comen, ora exámenes caen. La pelea dejemos, pues, y que combatan ellos.»

Así diciendo, le volvió la espalda, porque temía, reverente y pío, con el hermano de su padre Jove á las manos llegar. Pero su hermana, la Deidad de los bosques poderosa y las fieras, Diana, en insultantes voces le reprendió su cobardía.

«¡Huyes (le dijo) Flechador Apolo, y libre el campo dejas á Neptuno,

»y la gloria le das del vencimiento!
 »¡ Ah, tímido rapaz! ¿para qué al hombro
 »llevas inútil arco? Mis oídos
 »no te vuelvan á oír en el alcázar
 »paterno gloriarte, como sueles
 »hacerlo en el convite de los Dioses,
 »de que tú cuerpo á cuerpo con Neptuno
 »no temes combatir.» Así decia
 la Diosa, mas Apolo á responderla
 no se paró. Y al escucharla Juno
 altamente indignada, así la dijo
 en injuriosas arrogantes voces:

«¿Cómo, insolente y de pudor desnuda,
 »te atreves á esperarme? A mi pujanza
 »resistir imposible te sería,
 »por mas que el arco lleves y que Jove
 »te haya hecho leon entre mujeres,
 »y de ellas mates con aguda flecha
 »á la que te agradare. Más seguro
 »es herir á las fieras en los montes
 »y á las ciervas del campo, que atrevida
 »con Deidades lidiar más poderosas.
 »Pero si hacer la prueba ya quisieres
 »de mi valor, combate, y verás pronto,
 »ya que te atreves á lidiar conmigo,
 »cuánto en poder y fuerza te aventajo.»

Dijo; y por las muñecas á Diana
 ambas manos asiendo con su izquierda,
 y la aljaba y el arco de los hombros
 con la diestra quitándola, en la cara,
 riyéndose, la hería con el arco;
 y á un lado y otro la afligida Diosa
 volviéndose, los golpes evitaba,
 y en el polvo cayeron las saetas.

Y derramando lágrimas Diana,
 huyó al Olimpo como en raudo vuelo
 huye á esconderse en la excavada peña
 la tímida paloma á quien persigue
 el milano rapaz, y allí se salva;
 que no estaba dispuesto por el Hado
 que la alcanzase. Así la triste Diosa
 huyó al Olimpo, abandonando flechas,
 arco y aljaba. Y á Latona luego
 dijo el sagaz Mercurio: «Yo contigo
 »no ya combatiré, que peligroso
 »fuera lidiar con hembras que del lecho
 »participan de Jove. Así, ya puedes
 »entre los Dioses gloriarte ufana
 »de que á fuerza en la lid tú me venciste.»

Y ya entónces Latona recogia

arcos, flechas y aljaba, que en el polvo
 arrojadas yacian, y con ellas
 voló al Olimpo á la mansion de Jove.
 Y allí encontró á Diana, que de Juno
 huyendo ya subiera al ancho cielo;
 y sentada del padre en las rodillas,
 lágrimas ardorosas derramaba
 y en derredor el velo trasparente
 temblaba de su rostro. El padre Jove
 la estrechaba en sus brazos, y riyendo,
 en voces cariñosas la decia:

«¿Cuál de los moradores del Olimpo
 »así te maltrató sin justa causa,
 »como si tú á presencia de los Dioses
 »horrendo crimen cometido hubieses?»

Y así la Diosa, cuya sien ceñida
 está de eterna luz y que las fieras
 en la caza persigue clamorosa,
 á Jove respondió: «La blanca Juno,
 »tu augusta esposa, oh padre, maltratado
 »me ha de este modo; porque nacen de ella
 »la discordia y la guerra en que los Dioses
 »divididos están.» Pláticas tales
 entre Jove pasaron y Diana.

En tanto Febo en el excelso muro
 entrara de Ilion, porque temia
 no acaso entónces las falanges griegas,
 ántes del tiempo que la Parca dura
 prefijado tenía, la asaltarán.
 Y las otras Deidades al Olimpo
 ya volvieron tambien, mustias las unas,
 y las otras alegres por el triunfo,
 y al lado se asentaron de su padre.
 Y Aquiles la derrota proseguia
 de los Teucros, los hombres y caballos
 matando sin cesar. Como, incendiada
 populosa ciudad, el humo sube
 á la region del éter, y el incendio
 la cólera propaga de los Dioses,
 y afligidos los tristes habitantes
 todos trabajan, y el ardiente fuego
 pobres á muchos deja; tan furioso
 Aquiles á los Teucros perseguia
 llenando á todos de pavor, y á muchos
 dando la muerte en general estrago.

Y triste el Rey, desde la excelsa torre
 viendo cómo de Aquiles perseguidos
 huian los Troyanos sin que nadie
 osara resistirle, dolorosos
 suspiros daba. Y diligente á tierra

de la torre bajando, por el muro
 iba diciendo en agitadas voces
 á los fuertes guerreros que cuidaban
 de abrir y de cerrar las altas puertas:

«Abrid las puertas todas, y seguras
 »tenedlas con la mano hasta que hubieren
 »entrado las escuadras que corriendo
 »vienen á la ciudad; pues ya de cerca
 »Aquiles las persigue, y muchos males
 »presagia el corazon. Cuando ya hubieren
 »todas pasado el anchuroso muro
 »y á respirar empiecen, los portones
 »cerrad de nuevo, y con las firmes barras
 »aseguradlos; porque mucho temo
 »que ese varon, para mi mal nacido,
 »furioso ahora en la ciudad penetre.»

Así el anciano dijo; y los mancebos
 los enormes cerrojos apartando
 las puertas franqueaban, que ya abiertas
 aurora de salud fueron á todos.
 Despues Febo saltó fuera del muro
 para librar de su total ruína
 al troyano escuadron que en derechura
 hácia su capital y alta muralla,
 oprimido de sed, de polvo lleno,
 huia apresurado. Y furibundo
 Aquiles sin cesar los perseguia
 con su lanza, y de rabia poseido
 tenia siempre el corazon, y mucho
 el amor de la gloria le aguijaba.

Y de las altas puertas y del muro
 de Troya en aquel dia los Aquivos
 dueños se hicieran, si cuidadoso Febo
 á hacer Aquiles frente no animara
 al valiente Agenor. Era nacido
 de Antenor este jóven, y estimado
 por uno de los fuertes capitanes
 de los Troyanos; pero más pujanza
 entónces en su pecho infundió Apolo.
 Y para libertarle de la muerte,
 el mismo Dios se colocó á su lado
 detrás de una alta encina, y encubierto
 con mucha y parda niebla. Cuando el jóven
 á Aquiles vió venir, paróse; y triste,
 allí parado, en su ánimo dudaba
 lo que hacer deberia. Y arrancando
 hondos suspiros del doliente pecho,
 así en secretas voces se decia:

«¡Triste de mí! si del valiente Aquiles
 »por el mismo paraje que los otros

»huyendo vienen escapase ahora,
 »vivo aun así cogiéndome, la muerte
 »él me dará sin resistencia mia.
 »Pero si dejo que al tropel confuso
 »de los demás persiga, y entre tanto
 »en rápida carrera á la llanura
 »retorno de Ilion hasta que llegue
 »á los bosques del Ida y ocultarme
 »puedo entre la maleza, por la noche,
 »cuando ya del sudor limpio estuviere
 »en el rio lavándome, volviera
 »sin daño á mi morada. Mas ¿qué digo?
 »Acaso entonces, si vagar me viese
 »léjos de la ciudad por la llanura,
 »tras mí corriendo en presurosos pasos,
 »con sus ligeros piés me alcanzaria;
 »y cogido, posible no me fuera
 »de la muerte librarne; que de todos
 »los hombres es Aquiles el más fuerte.
 »Mas si ahora al encuentro yo le salgo
 »al pié de la muralla... Vulnerable
 »es su cuerpo tambien por el acero;
 »tiene una sola vida, y segun dice
 »la fama de él, para morir nacido
 »es como los demás; y si nos vence,
 »es porque Jove su favor le presta.»

Así Agenor decia; y al Aquivo
 volviendo el rostro, le esperó; y su fuerte
 corazon en secreto le animaba
 á comenzar la desigual pelea.
 Como del cazador sale al encuentro
 desde el espeso matorral el tigre,
 luego que de los perros el ladrido
 llegó á escuchar, y ni cobarde teme
 dentro del corazon, ni se retira;
 y aunque de cerca el cazador herirle,
 ó de léjos, consiga ántes que llegue,
 atravesada ya por el acero
 la valerosa fiera, no abandona
 el desigual combate hasta que coge
 al cazador con su terrible garra,
 ó moribunda cae; así el ardido
 Agenor á la fuga no queria
 tímido abandonarse, hasta que hubiese
 de Aquiles el valor y fortaleza
 por sí mismo probado. Del escudo
 cubierto, pues, y la robusta lanza
 contra Aquiles blandiendo, le decia:

«Sin duda ahora, esclarecido Aquiles,
 »la ciudad de los Teucros valerosos

»arruinar esperabas. ¡Necio! muchos
 »trabajos todavía los Aquivos
 »antes padecerán. Su alta muralla
 »muchos fuertes guerreros aún encierra
 »que por nuestras esposas, nuestros hijos,
 »y nuestros padres peleando, á Troya
 »defenderemos; y aunque tan valiente
 »é intrépido adalid hayas nacido,
 »aquí hallarás la muerte.» Dijo el Teucro;
 y la afilada pica con la mano
 vibró robusta. Y acertando el golpe,
 por debajo le dió de la rodilla
 en una pierna; y en estruendo ronco
 la greva resonando, el duro hierro
 del estaño saltó recien bruñido
 sin penetrar adentro: lo impedía
 la sólida armadura fabricada
 por la Deidad. Acometió segundo
 Aquiles á Agenor; pero la vida
 Febo no permitió que le quitara;
 y arrebatando al jóven por los aires,
 de niebla oscura le cubrió, y sin daño
 le sacó del combate y en los muros
 facilitó que de Ilion entrara.

Despues el Dios al hijo de Peleo

de la hueste alejó con un engaño;
 pues de Agenor tomada la figura
 fingió que huía, y el ligero Aquiles
 siguió el alcance en rápida carrera;
 pero de él alejado corto trecho
 corria el Flechador, y solamente
 iba delante de él lo que bastaba
 para que el héroe en ilusion funesta
 alcanzarle por piés siempre esperase.
 Miétras á Febo Aquiles perseguía
 por la pradera que la márgen ciñe
 del caudaloso rio, en pavorosa
 fuga y tropel confuso los Troyanos
 alegres mucho á su ciudad volvian
 y de los fugitivos se llenaba
 la ancha capacidad del vasto muro.
 Fuera de la ciudad y su recinto
 no osaban esperarse el uno al otro
 y saber quién la vida con la fuga
 salvado habia y quién en la batalla
 hubiese perecido, y muy dichoso
 cada cual se creía con entrarse
 en la ciudad por la primera puerta
 á que sus piés con vida le llevaran.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO

ARGUMENTO

*Ya los teucros en Troya refugiados,
 Espera Héctor á Aquiles, y los dados
 Hacen que tenga la funesta suerte
 De que Aquiles furioso le dé muerte.
 Despues le arrastra con vigor y audacia,
 Y lloran los troyanos su desgracia.*



Como tímidos ciervos los Troyanos
 dentro de su ciudad ya guarecidos,
 el sudor refrescaban, á las torres
 arrimados y almenas, y bebían
 para apagar la sed; y los Aqueos,
 el escudo embrazado, ya llegaban
 á vista de los muros. Solamente
 fuera de Troya, hácia la puerta Escea,
 Héctor quedó; porque la dura Parca,
 cual si tuviera con pesados grillos
 sujetos ambos piés, allí parado
 le detenía. Y entre tanto Apolo
 así habló con el hijo de Peleo:

«¡Miserable mortal! ¿Por qué persigues
 »en incesante rápida carrera
 »á un inmortal, á un Dios? ¿No has conocido
 »que soy una Deidad? Y si lo sabes,
 »¿cómo tan furibundo y denodado
 »te obstinas en seguirme? ¿No te curas
 »de los Troyanos ya, despues que á todos
 »pusiste en fuga? Sabe que en seguro
 »están dentro Ilion, y que engañado
 »te extraviaste. De seguirme deja,
 »y matarme no esperes, que nacido
 »no fuí para morir.» Al escucharle,

altamente indignado el fuerte Aquiles,
 así le dijo en iracundas voces:

«¡Apolo, que de todas las Deidades
 »has sido para mí la más funesta!
 »con ruin falsía completar el alto
 »triunfo no me dejaste, desde el muro
 »trayéndome hácia aquí. Si así no fuese,
 »otros muchos Troyanos todavía
 »mordido el polvo al espirar hubieran
 »antes de entrar en Ilion. Ahora
 »tú de la mayor gloria me privaste,
 »y has salvado á los Teucros sin peligro,
 »porque sabías que tomar venganza
 »de tí no puedo yo. Si ya pudiera,
 »caro el engaño tú me pagarías.»
 Así dijo, y á Troya furibundo
 y de arrogancia lleno caminaba
 con presurosos pasos. Como suele
 el ligero bridon que en la carrera
 al premio aspira, y por la gran llanura
 fácil arrastra el ponderoso carro,
 el galope tender; así movía
 rápido Aquiles su ligera planta.

Como el astro que nace en el otoño
 y el perro de Orion llaman los hombres